

Bautismo del Señor A - 11 de enero de 2026

(Is 42, 1-4.6-7 ; Hch 10, 34-38 ; Mt 3, 13-17)



Abbatiale de ST Florent le Vieil, Maine et Loire

Hermanos y hermanas, la fiesta del Bautismo del Señor marca el fin del tiempo de Navidad y la entrada de Jesús en su ministerio público. Hoy, Jesús deja el silencio de Nazaret para ir al Jordán. No viene para ser purificado, porque es sin pecado, sino para santificar, salvar y redimir al mundo.

Juan el Bautista está desconcertado y no ha entendido que al descender al agua, Jesús acepta llevar el peso de nuestra condición humana para cumplir el designio de amor del Padre. Dios no salva a distancia, entra en nuestra historia. Jesús declara: "Conviene que así hagamos toda justicia (Mt 3,15)".

Dios no da la espalda, se solidariza con los pecadores abriéndoles el camino de la salvación. El Jordán se convierte así en el lugar último de la revelación de nuestra redención. Lo que Jesús es desde toda la eternidad se manifiesta públicamente: Él es el Hijo amado, enviado para liberar y salvar. Los cielos se abren y el Espíritu desciende sobre él como una paloma y la voz del Padre se hace oír: "Este es mi Hijo amado, en quien encuentro mi alegría (Mt 3,17)".

En la primera lectura el profeta Isaías lo describía como el Siervo de Dios: manso, fiel, portador de justicia, luz para las naciones. Por lo tanto, el bautismo no es solo un comienzo para Jesús, sino el don de Él mismo para salvar a la humanidad. Es precisamente esta misión que Jesús inaugura en el Jordán. No viene a imponerse por la fuerza, sino para levantar, sanar, abrir los ojos y liberar a los cautivos.



Esta fiesta nos remite también a nuestro propio bautismo. Hemos sido sumergidos en el agua y marcados por el Espíritu. "Porque los que renacen del agua y del Espíritu se



convertirán en hijos adoptivos (Jn 3,5). Ser bautizado no es solo pertenecer a la Iglesia, es vivir cada día como hijos e hijas de Dios, habitados por el Espíritu, enviados para dar testimonio. Por nuestro bautismo recibimos el mismo Espíritu que Jesús, ese Espíritu que nos hace hijos de Dios.

Hermanos y hermanas, contemplando a Jesús en el Jordán, pidamos la gracia de redescubrir la belleza y la responsabilidad de nuestro bautismo para vivir según el Espíritu recibido y caminar cada día tras Cristo, humilde Siervo y Salvador de todos. Amén.

Jean Didereau DUGER, smm